



_conclusión

Cuando comencé a escribir la conclusión de la tesis que dio origen a este libro, Argentina se veía, en vísperas de una nueva elección para presidente, sumergida en una nueva discusión sobre el recrudecimiento de la violencia y sus soluciones. A diferencia de los años '70, el foco de la violencia en el pasaje de siglos se centra en “delincuentes comunes” y las demandas de solución provienen de todos los sectores sociales y políticos. Robos a mano armada o muertes por resistencia abundan como titulares en los diarios. Los jóvenes son el centro de la represión. La solución que comienza a esbozarse desde el Estado es la de dar “carta blanca” a la policía y apelar a que la sociedad civil se auto-defienda. **En los días en que reelaboraba estas conclusiones para el libro, se expandía la protesta de los desocupados por las secuelas de una década de “neoliberalismo”: brutal represión de gendarmería a los “piqueteros” de General Mosconi (Salta). Este estado de cosas es “bueno para pensar” los dilemas, los logros y los lazos hacia el futuro, que las experiencias de los familiares de desaparecidos imprimieron en las formas de hacer política en Argentina ante la violencia política y social.**

En junio de 1999, cinco jóvenes de la provincia de Buenos Aires fueron arrestados por la policía bonaerense como sospechosos del robo del arma de un policía y sometidos al “submarino”, una de las prácticas de torturas más utilizadas durante la dictadura. Sergio, de 26 años, estudiante de Derecho, recuerda esa noche con palabras muy precisas, “me llevaron los brazos para atrás, me agarraron entre tres y me pusieron una bolsa en la cabeza. De la desesperación pude sacármela y me zafé. Me volvieron a agarrar y otra vez me pusieron la bolsa. Así varias veces. Terminé llorando arrodillado en el piso. En ese momento me acordé de la década del setenta y de los desaparecidos. Pensé que me mataban” (Página/12, julio de 1999). **A diferencia del '76 cuando la categoría desaparecido estaba vacía de contenido político, ahora no puede enunciarse sin sus referencias acumuladas en las experiencias de los familiares y la sociedad a lo largo de más de 25 años.** Desde el punto de vista de los familiares también se tejen continuidades y discontinuidades entre el pasado y el presente: “**mi mayor miedo es que alguna vez se pueda volver a repetir lo que pasó**”, dice Margarita. Este sentimiento, con matices ideológicos y generacionales, se repite en cada uno de los testimonios recogidos.

En radical diferencia con los relatos que afirmaban la **imprevisibilidad de la situación generada a partir del golpe**, sentencias que remarcaban que “**no se podía imaginar**” que aquellos que tenían el monopolio legítimo de la violencia lo usarían arbitraria y clandestinamente, generando una situación de desconcierto cuya visibilidad más extrema fueron las **desapariciones de personas**, actualmente los relatos imprimen su fuerza y sus miedos hacia el futuro.

Al hablar de la violencia del pasado, los argentinos afirman que “no lo podían imaginar”. En la actualidad las referencias que apuntan hacia la violencia no se restringen necesariamente a las Fuerzas Armadas y a un enemigo “militante”. **La violencia es hoy vista como potencialmente presente en las diversas instituciones sociales y con expresiones matizadas, en diferentes contextos. En las interpretaciones corrientes se considera que lo que pasó fue producto de la propia sociedad y que por eso se puede volver a repetir.**

Más allá de las consecuencias y desenlaces, la importancia del análisis sociológico radica en la habilidad para insertar esta clase de eventos en la estructura de un proceso histórico y en un estado de configuración de los agentes que se diferencian en la producción y el sufrimiento de la longeva violencia política en Argentina. La eterna presencia de imágenes sobre la sociedad dividida, el Estado y las sensibilidades colectivas constituyen un diseño de ondas que suben y bajan constantemente sobre el mismo fondo.

En este sentido, **es verdad que las vivencias y experiencias conquistadas por los familiares produjeron una nueva identidad social. Pero esta identidad, lejos de representar una evolución colectiva “necesaria”, lineal, cristalizada, presupone una constante lucha en una frontera de poderes contrapuestos que se desplaza, que amplía o restringe las posibilidades de acción y expresión de los individuos.**

En general, las fuerzas de seguridad ya no son observadas ingenuamente. Contrariamente, hay una especie de anticipación que hace que ante cualquier hecho de violencia éstas sean enunciadas entre los principales agentes promotores o instigadores de prácticas violentas.



HIJOS

**ANTE LA IMPUNIDAD OFICIALES
ESCRACHE POPULAR
H.I.J.O.S.**



De alguna manera, pasó a ser casi imposible pensar la relación de las fuerzas de seguridad y los ciudadanos frente a las situaciones de violencia sin una referencia o esbozo de al menos un lazo con la década del '70. El puente entre la cristalización de estas referencias son los **organismos de derechos humanos** creados ante este nuevo tipo de violencia “policial”; puente que resignifica todos aquellos elementos usados por los familiares de desaparecidos, ligando la violencia actual al pasado y aprovechando elementos ya legitimados, como el uso de la categoría “familiar” o los escraches como estrategia para ampliar aliados en las protestas y denuncias.

En la Argentina contemporánea, “desaparecido” ha pasado a “existir” como una noción de persona que, por haber surgido de un estado de terror impensable, es, hasta el presente, esencialmente paradójica. La compleja tensión de un espacio de visiones o puntos de vista, la transforma en una noción de varias capas y clivajes, que oscila en la dualidad de ideas y sensaciones como la vida y la muerte, lo conocido y lo desconocido, la luminosidad y la oscuridad. **Al delimitarla, los agentes borran unas caracterizaciones e inventan otras, expresan una mixtura de emociones y afirmaciones políticas.** En todo esto radica la riqueza, el horror, la utilidad y la eficacia de la palabra desaparecido. Por ella pasaron y pasan pequeños detalles que van desde elegir un mármol rosa en oposición al negro, hasta la demanda de nuevas definiciones público-estatales, como la ley de “ausencia por desaparición”.

Lo que he buscado demostrar en este libro es que ese efecto de imposición de la palabra y el “problema social” no se da *per se*, sino por la acción ininterrumpida de clases de agentes que cotidianamente inventan y reivindican prácticas y representaciones. Cada una de las monedas políticas creadas, canjeadas, negociadas, adquieren valor o lo pierden en los territorios que gana o pierde esta categoría. En ella se concentran la lucha, los nombres, los ritos y todos los símbolos inventados para mantenerla. Como me detuve a analizar en cada capítulo, desde la inversión del mundo vivido a partir de 1976, las estrategias para imponer y defender la categoría “desaparecido” fueron variadas. **Los familiares, núcleo de este proceso de afirmación de sentidos, comenzaron a movilizarse desde las actitudes aprehendidas en su socialización, desde esquemas prácticos material y mentalmente posibles, como entrevistas con conocidos, petitorios y solicitadas.**

Sus movimientos se fueron desplazando desde el dolor interno a la manifestación pública, desde los ministerios a la plaza. Su problema poco a poco fue ganando un estatuto social y sumó un repertorio de agentes que concurrieron en la delimitación, denuncia y defensa de un problema que devino general. Para dar relieve a este proceso, fue fundamental esbozar un **horizonte de expectativas civiles**. La violenta transformación de las vidas es significativa en una estructura subyacente donde, volviendo a Sahlins (1994), un amplio sistema de categorías sociales y culturales fueron expuestas a riesgos semióticos.

La situación extrema reveló lugares y prácticas que ocupaban un espacio importante en la vida de estos individuos. La tragedia del secuestro de personas hizo visibles los pilares sociales en los cuales se creía. Fue fundamental entender cómo la creencia en las instituciones, en la posición social, cultural y política que cada uno ocupaba fue utilizada como una especie de repertorio al cual los familiares recurrieron inmediatamente en búsqueda de sus clasificaciones “conocidas” y previsibles sobre el mundo. Esto demostró, de una forma o de otra, el lugar que instituciones como la Iglesia, las Fuerzas Armadas, los ministerios, la Justicia, ocupaban en las mentalidades y en la historia del país. De la misma forma, los recuerdos sobre el momento del secuestro proveyeron material para entender el tipo de acción que las personas estaban acostumbradas a usar para “resolver” problemas personales, accionando relaciones, solicitando ayuda a quienes podían acceder a esferas de poder, en clave de amistad o de parentesco. **Las percepciones del pasado sobre el lugar que ocupaban las Fuerzas Armadas ofrecían un marco de seguridad sobre la localización y la relación de cada una de esas familias en el contexto de la violencia política desatada por el Estado.** De una manera u otra, se consideraban “excluidos” del espectro de personas consideradas “enemigas”. También excluían a sus hijos o amigos; al final, ellos los conocían muy bien y no los clasificaban como “seres peligrosos para la nación”.

A medida que las conexiones personales y las instituciones comenzaban a mostrar una nueva cara, paradójicamente en esos mismos lugares (ministerios y juzgados) fue donde los familiares se conocieron y reconocieron como iguales. Esos espacios de “mentira” sirvieron para gestar otras verdades, nuevos lazos de creencias y relaciones sociales.





Junto a la exploración de éstas, potenciales lazos de solidaridad comenzaron a ser descubiertos. **Los vínculos primordiales funcionaron como las referencias culturales más cercanas y confiables para organizarse, las más eficaces para comunicarse y luego definirse como grupo. Estos encuentros se gestaron en la lógica de las relaciones familiares: de madres que buscaban a sus hijos, de hermanos y esposas que querían saber dónde estaban los suyos.** La acción no emanó de una clave política partidaria y tampoco fue una lógica más universal o colectiva que se valió de los organismos ya existentes que defendían a los ciudadanos de las violaciones de derechos humanos. Las mujeres fueron las más “visibles” justamente porque en la lógica de lo privado ellas ocupan un lugar central en la expresión obligatoria de los sentimientos. De esta forma, **si el secuestro era entendido en clave “familiar” y no “política”, los hombres debían quedar en un segundo plano. Ellos siempre ocuparon el espacio público, de lo “político”.** Su presencia pudo haber creado potenciales malentendidos y recrudecer los peligros. Una apelación a lo privado marcó a fuego estrategias y legitimidades que se desplegarían a lo largo de los años. La dinámica y tensa relación entre lo público y lo privado fue la frontera a desplazar en todas sus experiencias individuales y grupales.

En los límites que demarcan los territorios conquistados o perdidos por los familiares, podemos distinguir un **“catálogo” de formas de clasificación y procesos de ritualización** que aportaron referencias y elementos para esta forma particular de hacer política. Este catálogo ofrece **papeles/documentos** (*habeas corpus*, petitorios, solicitadas, listas, discursos, leyes, concursos), **imágenes** (fotos, banderas, carteles), **marcas** (placas, monumentos, anfiteatros), **acciones** (movilizaciones, actos, exposiciones, escraches, juicios), **personajes** (familiares de desaparecidos, jueces, “compañeros”, Hebe de Bonafini, abogados, periodistas, victimarios). Cada parte de este catálogo y su conjunto fue producto de las **tensiones y negociaciones** realizadas en la frontera de lo **privado/público**, lo **individual/colectivo**. Estos pares de oposiciones aparecen constantemente a lo largo de cada una de las prácticas y representaciones que he analizado. La manifestación pública de los diversos eventos que destaqué condensan y ponen en evidencia consensos y conflictos.

Las tensiones creadas en torno a la figura de **Hebe de Bonafini** –quien aparece en cada relato, en cada expresión– y a sus declaraciones públicas “en contra de” (exhumaciones, indemnizaciones, nombres y referencias personalizadas), no son otra cosa que el reflejo de un conflicto inevitable y previsible entre un origen privado y prácticas públicas con reclamos nuevamente privados. **Las experiencias de los familiares de desaparecidos se constituyeron dentro de las lógicas privadas; las demandas que se le realizan a su líder máxima son cuestionamientos dentro de esa misma lógica.** Sólo que Hebe de Bonafini, más allá de relaciones de poder que reproduce o deja de reproducir, encierra al todo. Es el “centro” de un colectivo y, como tal, lucha por preservar dicho lugar, controlando sus actitudes, significaciones, estrategias y percepciones hacia lo público, sacrificando valores tanto personales y familiares como un costo para mantener la posición. Las tensiones muestran una de las oposiciones más elementales, aunque por ello más complicadas, entre lo político y lo moral. La mayoría de los argumentos apuntan a reconocer a Hebe como “importante” por lo que hizo y a criticarla por “su fundamentalismo” y “su politización extrema”. Pidiendo unas palabras a Geertz (1994:167), **podemos pensar a Hebe de Bonafini como el “centro” en torno de la cual “giran los planetas”.** A pesar de los rechazos, ella guarda la “sacralidad” inherente a la autoridad central históricamente legitimada. Las contradicciones que giran a su alrededor son producto del marco cultural que precisa y requiere para “definirse a sí misma y en el cual plantear sus demandas”.

Embutida en esa tensión, está sostenida la oposición entre lo individual y lo colectivo: esto atraviesa todas las experiencias de los familiares y la constitución del problema de los desaparecidos. **“Son 30.000 desaparecidos”, pero también cada uno tiene nombre y apellido; son un conjunto sin distinción y también una exposición donde se pueden ver y trazar biografías; son fotos sin nombre pero asimismo están asociadas a historias individuales. Son juicios internacionales que sólo se tornan eficaces en su relación con juicios por la verdad para saber el destino de cada desaparecido particular.** La lógica de los lazos primordiales predomina y se puede expresar tanto en el sentido de “socializar la maternidad” o simplemente a través de una individualidad con una **foto** cargada por el propio cuerpo de una madre. La exhibición de la imagen del desaparecido asociada a la **persona que “la transporta”** permite expresar públicamente un doble sentido, como lazo de sangre y como drama nacional.





ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA

ALLA SE VIOLÓ, TORTURÓ
Y... ASESINÓ A SERES
INDEFENSOS ESTOS NO
SON ALTOS DE SERVICIO

La foto en el cuerpo es la forma más “individualizante”, en contraste con la condición colectiva del uso de las fotos en el contexto de una marcha o una movilización. Es un doble juego entre la socialización de esa imagen y la marcación y pertenencia a una historia familiar-personal. Es, una vez más, la puesta en juego de la moneda política que sirve como canje en la frontera entre lo público y lo privado, constantemente redefinida, espacio de disputas por excelencia entre la familia y la nación.

De la misma manera que **las lógicas de los lazos primordiales** permean las acciones y conflictos internamente, ellas funcionan como una carta segura y “fuerte” frente a los “otros” cuando se trata de enfrentar a los victimarios, o al Estado para demandar leyes, juicios o soluciones, así como para mantener fijas las fronteras entre quienes pueden ser o no familiares de desaparecidos. En esta misma línea, estos vínculos delimitan jerarquías y legitimidades entre aquellos que están “incluidos” dentro de la categoría “familiar de desaparecido”. Como revelaron los homenajes o los rituales del 24 de marzo, **no hay dudas de que Madres/Abuelas e Hijos están en la cima de la jerarquía, luego hermanos/as y por último esposos/as. Por momentos, en esta misma dinámica se incluye a los compañeros como en una familia “ampliada”.** Pero en una posición de margen, ya que ellos encarnan uno de los temas tabúes de todo este proceso. Si hay un grupo “poco legitimado” para hacer pública su palabra es aquél formado por los expresos políticos, irónicamente aquellos que estuvieron “más cerca” de los desaparecidos, primero por pertenecer a su generación, segundo por vivir la experiencia del secuestro. Ellos cargan sobre sus espaldas el hecho de haber “**sobrevivido**”. Éste es un estigma que convoca interpretaciones ambiguas signadas por ideas sobre la “suerte” o la sospecha del “por algo será”. Ellos encarnan y están vivos para relatar aquello de lo cual “es mejor no hablar”: por un lado, la lucha armada y la militancia de los ’70, por otro, las aberraciones de la tortura, la deshumanización de los centros clandestinos de detención. Aquí se plantea un gran interrogante que distancia la experiencia argentina de otras como la dictadura brasileña o el Holocausto.

Las víctimas que “tienen la palabra” y por ende la “legitimidad” para hablar y expresar lo que pasó no son los sobrevivientes de los campos de concentración sino los familiares de desaparecidos. **Los sobrevivientes, en cambio, todavía son acusados socialmente. Sobre ellos se ejerce la violencia simbólica de la culpa, por “haber impuesto la violencia en los ’70”; “por haber sobrevivido”; “son silenciados porque sólo ellos pueden contar la deshumanización de los centros clandestinos de detención”.**

Todo pasa como si todavía nadie estuviera dispuesto a escucharlos, o mejor, ya se leyó demasiado en el Nunca Más y se escuchó suficiente en las declaraciones en los Juicios a las Juntas. Como dice Bauman, el problema no sólo debe centrar el foco sobre las responsabilidades morales, sino que la tarea también debe consistir en “destruir ese poder que tiene la tiranía de mantener prisioneras a sus víctimas y testigos mucho después de desmantelada la prisión” (1998: 235). **Las preguntas que quedan planteadas son: ¿por qué todavía no se generaron más espacios sociales que legitimen esas voces?, ¿qué peligros y miedos encubren?**

Durante mucho tiempo, para mantener el lugar de víctima y no ser arrastrado por la lógica de la teoría de los dos demonios, era imprescindible silenciar cualquier tipo de militancia. En la misma construcción se observaba una exaltación estratégica de valores positivos y “solidarios”, elecciones viabilizadas por la identificación acentuada en las figuras de hijos y esposos que los acercaban a las “buenas intenciones” y los alejaban de categorías políticas como “guerrilleros”, “terroristas”, “subversivos”. **Borrar la historia militante, dejarla entre paréntesis o sólo enunciarla en canales privados fue el costo de los compañeros para ser incluidos, para vivir en sociedad, englobados en las lógicas de clasificación de los lazos primordiales. El momento de los homenajes fue un espacio donde la jerarquía se reveló con nitidez.** Los **hijos**, debutantes en el escenario del drama, les reclamaron historia. Las madres, siempre en el centro del palco, estuvieron allí porque lo que se ponía en escena era la versión consagrada sobre sus hijos desaparecidos. Su presencia era imprescindible. Sin ellas los homenajes no se hubieran legitimado. **En ese escenario, los compañeros fueron reconocidos como actores esenciales.**

Justamente sobre estas **diferencias y jerarquías, tensiones y acercamientos, silencios y memorias**, el simbolismo de la filiación, que dotó de nuevas identidades a aquellos que vivieron la situación extrema de la desaparición y la violencia de los secuestros, concentra la fuerza y la originalidad para otorgar a las experiencias individuales el carácter de problema social, nacional. **Los familiares de desaparecidos y los compañeros muestran que, a pesar de la vivencia de un clima de miedo y de ruptura de lazos de confianza y de creencias institucionales, fueron capaces de usar la solidaridad como un principio activo frente a la situación límite.**





Demostraron cuáles “saberes” elementales podían ser reconvertidos y utilizados frente al mal. A medida que fueron pasando los años, se crearon nuevos juegos políticos que posibilitaron que tales experiencias ganaran otras fronteras más allá de quienes las “vivieron”. Ellos inventaron monedas políticas que “están ahí”. Sus usos y virtualidades hacia el futuro no tienen dueño, ni explican las formas de ser usadas, pero pueden ser manipuladas y re-apropiadas, o no, más allá de que este drama argentino sea algún día resuelto u olvidado.

Sin embargo, la presencia de este problema en instancias pedagógicas, en cada marca de placas, árboles, monumentos, cada marcha y manifestación, cada ley y archivo descubierto, cada proceso abierto y aceptado en los juzgados tanto nacionales como internacionales, son territorios conquistados que podrán perdurar ciclos de vida. Los usos potenciales pueden ser muchos y variar entre lo político y lo estético, lo banal y lo sagrado.

Por fin, debo confesar que delinear las prácticas de los familiares de desaparecidos, las cuales en su sentido más amplio e inclusivo gestaron nuevas sensibilidades para articular lo individual y lo colectivo en espacios de re-inversión de la política, me hace compartir la creencia de que “no habrá flores en la tumba del pasado”.